

dia". Salí de la muralla, y volviendo los ojos no vi sino el lienzo lliso y sin lesión alguna, yendo a buscarte con el desconuelo que puedes imaginar, pudiendo decir sólo que nada en el mundo podrá aliviarme del pesar de haber perdido la mayor dicha y opulencia que puede esperar el hombre, habiéndolas tenido a tiro de la mano".

Por mucho que me parecieran disparatadas las razones de mi amigo, todavía lo vi tan cordialmente afligido y con abatimiento tal, que tuve a mejor partido el consolarle con otros discursos no de más compás que los suyos, y procuré que durmiendo recogiese con el sosiego algún poco de más seso. Las horas de la noche las pasó sin descanso alguno y como en delirio, que llegó al fin, nesí más subido a la siguiente mañana cuando nos dijeron que la vieja Carja había desaparecido dejando muy mal olor de sus acciones, que quien las calificaba de hechiceras, quienes las presentaba por de un espíritu malo. Con esta aventura mi amigo no había sino repetir el vaticinio de la gitana, y nada podía, no ya decirle, pero ni aun picarle la curiosidad, ni despertarle el gusto. En fin, partió para su país (cantón inmediato de las Alpujarras) donde le vi ir con gozo mío, por parecerme que allí dejaría el peso de sus cavilaciones confesando la irritación de su fantasía. Las cartas que me escribió casi me lo daban ya por restablecido, cuando un veredero que llegó una tarde a más andar, me trajo de la parte de mi desgraciado amigo el encargo encarecido de que fuese a darle el último adiós, si es que quería verle antes de morir. Por mucha diligencia que puse en mi viaje por aquellas montañas, no llegué al lecho del moribundo sino a la segunda tarde, cuando ya mi pobre y delirante compañero tocaba en la agonía. Al verme me tendió la mano y con las lágrimas en los ojos me dijo: "Querido amigo, no he podido ser superior a mi desgracia. El que tuvo ante la vista, y destinadas para él, tantas riquezas y tal poder y se le escaparon de la mano no debe sobrevivir. No te olvides que la dicha tuya, hubiera acompañado a la felicidad de tu amigo. Adiós. Adiós". Desde entonces no volvió a abrir los ojos y a pocos momentos expiró siempre repitiendo: ¡*Los tesoros de la Alhambra!* ¡*Los tesoros de la Alhambra!*...

2. EL ARPA²

Eduardo y su joven compañera gozaban deliciosamente de los placeres del amor. No era su unión consecuencia de lo que se llama razón de estado, sino de un constante cariño que buscaba su origen en sus más tiernos años; y sólo tras afanosas cuitas, obtuvo Eduardo que se instalase su amada en su mansión conyugal.

Corrían para ambos los días en apacible bonanza, y forjaban planes para el porvenir. Josefina tocaba el arpa, Eduardo la flauta; y la perfecta armonía de los dos instrumentos les parecía de feliz agüero.

Una noche, después de haber tocado ambos esposos por largo rato, se quejó Josefina de violento dolor de cabeza. Ya desde aquella mañana se sentía indispuesta, y no quería comunicarlo a su marido; pero la exaltación producida por la música, y más aún la debilidad de nervios de la doliente, aumentaron sensiblemente una ligera calentura que la agitaba, y fue ya imposible disimular su postración. Inquieto Eduardo llamó a un médico, íntimo amigo suyo. Este discípulo de Galeno miró la enfermedad como una bagatela, y prometió que con el descanso y el sueño se desvanecería tan ligera indisposición. A pesar de sus promesas pasó la enferma aquella noche en continuo delirio, y a la mañana siguiente reconoció el médico todos los síntomas de calentura nerviosa. En vano, se aplicaron mil remedios, porque la dolencia crecía agigantadamente. Al noveno día alcanzó a sentir la joven y tierna esposa que su débil constitución no podía por más tiempo resistir a tan violento choque, y llena de piadosa resignación aguardaba a que se cumpliera su destino.

"Querido Eduardo, dijo a su marido, cogiéndole la mano y llevándola a su corazón; querido Eduardo, ¡con cuanto sentimiento dego la tierra en que pude hallarte a ti! Pero ¡ay! ¡Al menos, ya que no puedo ser dichosa al lado tuyo, el amor de tu Josefina, cual genio fiel, te acompañará constantemente, hasta que reunidos gocemos

² Sin firma, *La Ilustración*, T. II, nº34, agosto, 1850, 271. Ejemplifica el modelo V: "Objetos que cobran vida o tienen un poder sobrenatural". El instrumento musical tiene en este relato connotaciones positivas, hecho que no suele ser frecuente en el género fantástico.

allá en el cielo!" Cayó sobre su cojín y se durmió en el Señor. Eran las nueve de la noche. Débil sería todo colorido con que quisiera pintarse la desesperación de Eduardo. Lo que tan sólo se puede decir, es que luchó largo tiempo con la muerte, y que si volvió a la vida fue para ver en pocas horas desaparecer toda la lozanía de su juventud. Cayó el pobre viudo amador en melancólico silencio, y caminaba sensiblemente a la consunción. La costumbre de tan dilatado padecer hizo que su desesperación se trocara en lánguida tristeza, y se complaciera en santificar todos los recuerdos de su amada.

La estancia de Josefina estaba aún en el mismo pie que antes de su muerte. Una labor comenzada se veía sobre la mesa, y el arpa en un rincón. Todas las noches peregrinaba Eduardo hasta aquel santuario de su amor; y allí se apoyaba en el sofá, como en los días de su pasada dicha; y allí también los lastimeros sonidos de su flauta llamaban a la compañera que para siempre había perdido.

Se dejó una vez arrastrar más tiempo que acostumbraba por sus dolorosas reflexiones. Brillaba la luna en el cielo, y la frescura de la noche se hacía sentir suavemente, cuando dio las nueve el reloj. De repente el arpa, cual si la agitase un divino soplo, acompañó lo que tocaba Eduardo con su flauta. Se calló petrificado, y el arpa enmudeció también. Se puso entonces azorado y trémulo a tocar la favorita sonata de Josefina, y el arpa tomó a acompañarle más sensiblemente, y se confundían los sonidos de ambos instrumentos en perfecta armonía. Extasiado Eduardo, se cayó de rodillas y abrió los brazos cual si fuera a estrechar a la adorada sombra; y entonces sintió una especie de aire tibio de primavera, y un fatuo resplandor se deslizó enfrente de él. "¡Harto os conozco, santos manes! exclamó: ¡Tú, querida mía, prometiste cercarme con tu amor, y cumples con tu palabra! Ya siento tu dulce aliento; siento los besos que imprimes en mis labios; tu bienaventurado espíritu está cerca de mí". Enajenado de placer volvió a tomar su flauta, y el arpa le acompañó de nuevo; pero apagándose gradualmente hasta que su murmullo del todo se perdió.

Se agotaron al fin las fuerzas del desdichado y se fue a dormir. Durante la noche, creyó todavía que le llamaba el arpa, y a la ma-

ñana siguiente despertó extenuado de tanto luchar con sus azarosos ensueños. Le afectaba ya todo violentamente, y una voz íntima le decía el triunfo del alma sobre el cuerpo, su próximo fin en suma. Se dirigió otra vez a prima noche a la estancia de Josefina, y los lánguidos sonidos de su flauta le mecían en delicado placer, cuando tocaron las nueve. Al último golpe de reloj, empezó el arpa a murmurar suavemente, y acabaron por fin sus cuerdas por resonar en plena armonía. Se callaba Eduardo, y cesaba el arpa también, y el pávido resplandor pasaba por frente de él. Y Eduardo gritaba: ¡Josefina! ¡Josefina! ¡Haz que al cabo descanse yo en tu seno para siempre!!! El arpa se despidió aún, y se apagó su sonido.

Volvió a su dormitorio Eduardo mucho más agitado que el día anterior. Se alarmó su criado al ver la alteración de sus facciones, y a despecho de su amo, corrió a llamar al facultativo. Halló este todos los síntomas de la dolencia de su difunta mujer, pero de mayor gravedad.

Durante aquella noche no cesó el infortunado de hablar de Josefina y del arpa. Hacia el amanecer entró el enfermo en calma, concluida estaba la lucha y próxima la muerte. Conservaba no obstante su amigo alguna esperanza. Le contó Eduardo cuanto le había sucedido; y todas las razones del médico no bastaron a alterar la convicción del delirante enfermo.

Cuanto más bajaba el día, más fuerzas iba perdiendo Eduardo. Con trémula voz y ademán suplicador, conjuró por fin a que lo transportaran a la estancia de su mujer. Puesto allí ya, arrojó serenas miradas a cuanto le rodeaba, saludó con dulces lágrimas a sus idolatrados recuerdos, y anunció que a las nueve hallaría término su vida.

Se acercaba la hora fatal, y despidió el enfermo a sus visitas menos al médico; quien no quiso dejarle solo. Dieron las nueve... y el semblante de Eduardo tomó una expresión de inefable júbilo.

"¡Josefina!" dijo: "¡Josefina! Salúdame en mis últimos momentos. Acércate, adorada mía: ¡ayúdeme tu amor a triunfar de esta vida!!!"

Al instante resonaron con fuerza las cuerdas del arpa, cual si fuese para un canto de victoria, y el fatuo resplandor cercó al mori-

bundo: "ya voy; ya voy", murmuró entre dientes, y se cayó hacia atrás.

Empezó entonces la agonía, y se iban debilitando los sonidos. —Alzó otra vez la cabeza el doliente, y en aquel momento mismo, se rompieron con estrépito todas las cuerdas del arpa. Eduardo acababa de morir.

3. EL ABAD Y EL DIABLO³

¿En qué país no existen torreones y puentes contruidos por el Diablo? ¿Quién puede igualar a este sabio arquitecto en la solidez y en el número de sus obras? Dícese que al fin de cuenta, el Diablo siempre hace de las suyas, que nunca se mueve sin fin determinado, y que este fin siempre es siniestro; pero también debemos convenir, ateniéndonos a antiguas leyendas y a generales tradiciones, en que tiene un carácter muy amable y servicial, buen genio, y sobre todo muchísima paciencia. Si se necesitase demostrar hasta dónde llega en él esta preciosa cualidad, no tendríamos más que apelar a cualquiera de los idiomas conocidos, y en sus frases familiares encontraríamos fácilmente la comprobación apetecida.

—*Qué se vaya al Diablo*, decimos nosotros cuando nos anuncian la visita de un acreedor.

—*El Diablo es ese hombre*, cuando alguno consigue lo que nos parece poco menos que imposible.

—*Estoy dado a los Demonios, a Satanás o al Diablo*, cuando nos pone de mal talante el éxito fatal de nuestros proyectos.

—*Al Diablo con todo*, cuando cansados de luchar contra una dificultad o de dar coces contra el aguijón, abandonamos con desesperación un proyecto agradable.

³ Sin nombre, *Semanario Píntoresco Español*, T. XVI, n. 43, octubre, 1851, págs. 339-340. Representa el modelo IV: "Pacto con el diablo". En este cuento el ser diabólico es claramente el diablo. Como acontece en otros relatos, las fronteras temáticas nunca son nítidas y aquí observamos que lo religioso está muy presente. Este hecho no resulta extraño ya que hemos comentado en varias ocasiones que en lo fantástico romántico subyace con frecuencia este componente.

—*Mire vd. qué Diablo*, cuando... pero, ¿A qué cansarnos? El Diablo es siempre nuestro esclavo, nuestro comodín, nuestra persona paciente; y como precisamente necesitamos a todas horas quien sufra nuestras impertinencias, quien pague las consecuencias de nuestras culpas, quien arrime el hombro para llevar la carga de nuestros vicios, resulta que no podemos pasarnos un instante sin nuestro enemigo natural, lo cual prueba que es el ente más cachazudo, bonachón y Juan Lanas de todos los creados. Y como también el hombre abusa de la paciencia del Diablo, sin que éste se dé por ofendido, los moralistas que conocen su astucia y malignidad aseguran que en la tal paciencia del Diablo no todo es virtud, y por último, que *al freír será el réir*. Poco más o menos pueden llevar este refrán por epígrafe todos los cuentos en que Satanás representa principal papel.

Entre los innumerables que forman la colección de las cocinas de aldea durante las veladas del invierno, recordamos uno cuyos pormenores han corrido siempre muy acreditados entre los sencillos habitantes de los lugares inmediatos al cabo Prior, llegando hasta tal punto la credulidad de aquellos pobres campesinos, que se incomodan muy formalmente con cualquiera que no crea como artículo de fe que el Diablo construyó la iglesia de Nuestra Señora del Coro, la más antigua y sólida de toda la comarca.

He aquí como refieren la construcción de esta obra de arquitectura, que según la tradición, debemos los cristianos al príncipe de las tinieblas:

"Había en otro tiempo un abad, gran siervo de Dios, cuyas virtudes inquietaban mucho al Diablo, (se asegura que éste tuvo tentaciones de ahorcarse, cuando aquel murió en olor de santidad) al paso que servían de ejemplo a todos cuantos se le acercaban. Le perseguía sin cesar el enemigo malo, presentándole en sueños el agradable cuadro de los placeres mundanos, las delicias de una vida disipada y los goces que produce al alma la satisfacción de los vicios. El santo varón por su parte rechazaba con valor cristiano todas aquellas tentaciones; mas viendo que el contrario redoblaba sus esfuerzos, creyó que lo más conveniente era edificar una iglesia (por

no haberla en el pueblo, era éste del dominio de Satanás) a fin de que quedase para lo sucesivo santificada una tierra, que de padres a hijos había sido hasta entonces un barrio no muy distante del infierno.

—Y aquí comenzaron las dificultades para el pobre abad. ¿Quién había de acarrear la piedra? ¿Quién dirigiría la obra? ¿Cómo fundir las campanas? Los mozos del país no servían para estas faenas, porque todos eran mancos o cojos o jorobados. El abad pedía al cielo que le iluminase en su proyecto, cuando se le presentó el Diabolo a hacerle proposiciones.

—¿Ves esta iglesia? Le dijo enseñándole una que había dibujado con sangre en un pergamino. Pues bien, me comprometo a llevarla de piedra sillería en el término de tres días con sus noches, si aceptas mis condiciones.

—¿Cuáles son? Le contestó el abad sorprendido.

—No has de hacer la señal de la cruz durante tres días y tres noches, pues de lo contrario tendré que abandonar la obra.

—Acepto, repitió el abad, que quería tener la iglesia a todo trance.

—¡Entonces mas, repuso el Diabolo, has de permanecer tres días y tres noches de rodillas haciendo oración y sin cerrar los ojos: si faltas a esta condición esencial, me pertenecerá tu alma.

—Acepto, dijo el abad, confiando para no dormirse en la misericordia divina.

El Diabolo desapareció, volviendo de allí a poco con un arquitecto de su confianza, y dio principio a la obra. Esperaba que el cansancio y el sueño abatirían las fuerzas del virtuoso abad, y siempre que arimaba una piedra al naciente edificio, le miraba a hurtadillas para ver si se dormía; pero el celoso siervo de Dios se mantuvo firme con ayuda del cielo durante el plazo convenido; el Diabolo, a fuer de honrado, cumplió su palabra, aunque dándose a mil demonios, y de este modo le obligó el abad a que edificase la iglesia que apetecía y a que despedido y corrido huyese de la comarca para siempre.

Este es el origen tradicional del Templo de Nuestra Señora del Coro.

4. EL HIDALGO DE ARJONILLA⁴

Balada en prosa

En la villa de Arjonilla vive un hidalgo mozo y alegre, rico y gastador, amigo de sus gustos y libertad, poco temeroso de Dios y gran burlador de mujeres.

El dinero facilita amigos y aplauso, y la lisonja hace al pródigo más duro y perverso. ¡Ay de la infeliz en quien clave sus ojos el seductor de Arjonilla!

Camino del olivar vecino, día de San Roque, salen a pasear las recatadas doncellas. Allí va también el venturoso hidalgo. Cebando en ellas la mirada, como el milano ladrón en las blancas palomas, resuelve hacer presa en la más hermosa.

Mucho le cuesta rendirla: billetes, festejos, todo lo ha despreciado ella; ronda su calle, soborna a sus criadas, hace que su caballo se arrodele a su puerta, le canta de noche endechas de pasión extremada, lidia y mata gallardamente bajo sus balcones los toros más bravos de la tierra: todo es en vano.

Un año entero la obsequia inútilmente; nunca conoció resistencia tal el hidalgo de Arjonilla; nunca se le conoció igual constancia. Pero la mujer que desespera al constante corona al voluble: La que es duro mármol al agasajo, suele ser blanda cera al desprecio: la que no es débil es vanidosa.

Un año había pasado: día de San Roque era: camino del olivar vuelven a encontrarse la bella desdenosa y el galán despreciado. El galán pasa de largo, no clava ya en ella sus negros ojos apasionados.

—No soy yo la preferida, piensa en su corazón la doncella: se acabaron para mí los festejos, las músicas nocturnas, los públicos triunfos. Y palidece, y por primera vez suspira.

La mujer es misteriosa campana, que suena cuando nadie la toca. La doncella antes tan recatada, admite ya las dádivas del co-

⁴ Pedro de Madrazo, *Semanario Pintoresco Español*, T.XXI, nº3, enero, 1856, 20-21. Ejemplifica el modelo I: "Intervención divina". En este caso, la intervención se debe a un caso.